

rió toda ambicion y me hirió desgracia... Cuando en aquella malvada fortaleza supe que mi pobre rey, encerrado en el castillo de Rivoli, me buscaba y preguntaba por mí á los mudos guardias y me llamaba á gritos llorando, todo el cariño antiguo se despertó en mí; un amor nuevo, una inmensa piedad, un deseo de volverlo á ver, de consolarle, de arrojarme á sus piés, de dar por él mi sangre y mi vida.

Sí, yo le amé entonces más de lo que nunca le había amado, con todas mis entrañas, con toda la fuerza de mi desesperacion. Y cuando me llevaron á su lado, en aquel eterno viaje de Ceva á Rivoli, dí gracias á Dios y lloré de alegría. Cuando llegué al castillo y ví todos aquellos centinelas, aquellos fosos, aquellas puertas amuralladas, aquellas ventanas con claraboyas, aquel aparato lúgubre de cárcel, estando abierta la puerta de su estancia lúgubre y triste, lo ví correr á mi encuentro con los brazos abiertos, llorando como un niño, envejecido, desmejorado, vacilante, desfigurado por dos meses de angustia y de delirio, y sin embargo, radiante por un momento, por la alegría de volverme á ver. ¡Oh, entonces, sí, entonces le amé! Entonces le eché los brazos al cuello, con un movimiento de amor infinito lo bendije cien veces, le pedí perdon de mis faltas, juré sacrificarle toda mi

vida, no tener más sentimiento, más pensamiento, no respirar más que para él, no separarme ya nunca de se lado, ser su esposa, su hermana, su hija, su esclava; le abracé las rodillas y besé mil veces sus descarnadas manos, sollozando por morir. ¡Pobre marido mio! ¡Pobre viejo rey mio, mi infeliz y grande Amadeo! No tenía más que á mí en el mundo, no le quedaba más de su glorioso pasado que el pobre amor mio.

Apoyaba su temblorosa cabeza sobre mi seno como sobre el seno de una madre y quería que yo le cubriera con mis manos como para protegerlo.

¡Dios ha leido en mi corazon! Yo me hubiera arrastrado por el suelo hasta los piés del trono, para conseguirle un alivio. Habría dejado despedazar mis carnes por recobrar un año de juventud y de belleza! Pero él me amaba todavía tal como estaba. Tenía piedad de mí, diciendo que era la causa de todos mis dolores y pidiéndome perdon; y entonces lloramos y oramos juntos, mirando por los claros de la reja el hermoso cielo de nuestro Piamonte...

¡En aquellos momentos al ménos, éramos felices!...

—Hizo grandes regalos al monasterio—continuó



iciendo la superiora siempre con la misma dulzura;—regaló casi todos los objetos que había tenido consigo: un plato y un jarro de plata, un reclinatorio, una mesa de marmol negro, que babía pertenecido á S. M. Víctor Amadeo. Regaló para la capilla mayor una bellísima lámpara de plata cincelada.

Instituyó una misa semanal para que se celebrara en nuestra iglesia todos los viernes.

Todos sus pensamientos estaban consagrados á hacer beneficios al monasterio, á hacerse querer de sus hermanas y á dar ejemplo de caridad y de devocion.

—No, no fueron aquellos días los más tristes— volvió á decir la marquesa;—yo los lamenté despues. Nos quedaba todavía bastante que sufrir á los dos. ¡Oh, aquellos últimos meses desgraciadísimos de Moncalier! Me estaba reservado todavía este suplício: verlo morir lentamente, perdiendo la razon, volviendo á la infancia.

¡Qué horribles noches cuando él se entretenía en la mesa con juegos de niños, riendo y cantando, y yo lo miraba desde un ángulo de la habitacion horas y horas ahogando suspiros con el pañuelo, temiendo yo también que poco á poco se me estraviara la razon.

¡Qué horas, qué días pasé en las ventanas de mi cuartó mirando por los fosos, y las empalizadas del castillo, aquellas interminables lluvias, sola, desmemoriada, esperando que los frailes lo tranquilizaran y él me volviese á su presencia! Porque era mi destino que mis angustias creciesen hasta el último día, que poco á poco me tomase manía y despues ódio, llamándome la causa de todas sus desgracias, echándome, llenándome de insultos, buscando en su desvanecida mente las palabras más crueles para atravesarme el alma, hacerme morir de vergüenza en presencia de los criados, y... ¡sí, Dios mio! hasta pegarme, poner sus manos en mi cara, llamándome con los más infames nombres que pueden echarse en cara á una señora.

En vano le cogía las manos y le rogaba, recordándole nuestros felices días, cuando me conoció jóven y cuando me había vuelto á amar despues de treinta años, nuestras dulces noches en Valentino y mi vuelta á Rivoli cuando lloraba en mi seno, como en el de una madre. ¡Todo en vano! No quería recordar, se exasperaba, me rechazaba y alzaba los puños sobre mi cabeza. No; jamás ha sufrido nada más horrible criatura humana. Todos los dolores pasados eran nada en comparacion con la vista de aquel rostro de moribundo, de aquellos



ojos extraviados y terribles que se fijaban en mí, mientras la lengua parálitica se esforzaba, sin conseguirlo, en proferir la sangrienta injuria que expresaba la mirada. ¡Dios mío, Dios mío! Qué noches eternas, qué furias de loco, qué lamentos de niño, qué juguetes esparcidos, qué carceleros, qué frailes, qué aire de muerte respiraba por todas partes... Ni siquiera tuve el consuelo de velar su cadáver.

Apenas espiró, me separaron violentamente de su lecho.

Era, sin embargo, su viuda; lo había asistido durante dos años; había adquirido el derecho de estar junto á él en su lecho mortuorio! No... yo profanaba aquella estancia, yo era una intrusa. Debía irme fuera á llorar. Me echaron. Me volví todavía una vez á dar el último adios á aquel pobre cuerpo...

Después me pareció encontrarme sola en medio de un inmenso y oscuro desierto, oprimida por un cansancio infinito...

Pero no me dejaron descansar mucho tiempo, no... La orden del rey no se hizo esperar... ¡Oh! aquella tumba abierta no inspiraba piedad á nadie... A la primera palabra lo comprendí, y caí de rodillas... Me aguardaba el cláustro para toda la vida.

—Fué maravilloso verdaderamente, un milagro del Señor—continuaba la superiora en voz baja,—que ella hubiera hecho tan gran cambio de vida y de estado, sin dar señales de sufrimiento, ni de hacer un sacrificio. Aquí esperaban todas que hubiera estado mucho tiempo inquieta y triste, que hubiera luchado y orado mucho ántes de obtener la paz del alma, después de tantos y tan grandes accidentes é infortunios que la condujeron desde el tronó al cláustro. Y no fué así. Ella vino aquí con su corazón preparado ya para la nueva vida, y se mostró resignada y tranquila desde los primeros días....

—¡Lo que hablaron entonces de resignación!—continuó la marquesa con amarga sonrisa.—¡Resignación! Tormento, infierno fué en los primeros tiempos. Mi corazón sangraba por mil heridas.... Tenía necesidad de mis hijos! Y me separaron del mundo. Sí, yo lo esperaba todo de la resignación. Pero no creía que hubiera tardado en llegar. Yo de mí, cuando me encontré encerrada, todavía no sé.

Una cosa extraña, imprevista, ocurrió dentro reciente la gran angustia de Moncalieri. Mi imaginación sobreexcitada por la soledad, pasaba de largo por las últimas desgracias y por los dos años



de Chambery, y me trasportaba siempre, á pesar mío, á los más felices años de mi vida, á la embriaguez más dulce de mi ambicion y casi me reavivaban el sentido, me hacía soñar con los ojos abiertos, me atormentaba y me poseía febril. Yo no sabía por qué. Era una locura. No tenía miedo. Me encontraba en medio de las fiestas de la corte. ¡Desgraciada! Revivía en los grandes palacios y en los parques, volvía á ver los torneos, las cabalgatas, las cacerías, mil rostros, mil dorados fantasmas que me hacían mirar y tocar las paredes de mi celda con un profundo estupor, al cual seguía un mortal desfallecimiento. Y una fuerza nueva se despertaba en mí, el grito obstinado de una juventud que no quería morir, una vuelta impetuosa al antiguo orgullo, un eco, un nuevo soplo inesperado de todas las pasiones que yo había creído muertas para siempre.

Quería olvidar, rezar, adormecerme en mi tristeza, aniquilarme entre aquellas cuatro paredes, donde había bajado como una muerta; y al contrario, soñaba, vivía con entereza, y sufría con todo el vigor de una mujer á quien atormenta la desgracia por vez primera. Aquel mismo silencio del cláustro, aquellos corredores blancos, aquellos vestidos negros, aquellas caras de color de cera, aque-

lla quietud inalterable de las hermanas, aquel suave murmullo de las oraciones levantaban en mi alma tempestades de sangre. Todas mis heridas se exacerbaban. Un ódio mortal crecía en mi alma contra mis enemigos. ¿Por qué me habían sepultado? ¿Qué tenían que temer de mí, pobre mujer? ¿No estaban contentos con haber matado al Rey? ¿Querían volverme loca, y matarme también, para gozarse en mi desesperación y en mi agonía? No lo podía creer. No puede durar esto, pensaba; me pondrán en libertad, me dejarán ir con mis hijos? ¡Miraba desde la ventana aquellos montes y aquellos campos, donde había combatido Víctor Amedeo, y no me parecía posible que pudiese morir atormentada, en presencia de aquellos lugares! Me parecía que él me oiría llorar y que acudiría á librarme, al llamarlo dentro de mi corazón; hubiese pronunciado en voz alta su nombre si me hubiese atrevido; esperaba, lo esperaba alguna vez como una insensata; besaba sus recuerdos, estrechaba en mi seno las cosas que todavía conservaba de mi pasada vida, sollozando noches enteras; y después de los ímpetus de furor, hervía mi sangre, se trastornaba mi razón, y ahogaba mis suspiros contra las almohadas, soñando que se derrumbaban el monasterio y el palacio, y que se abría la tier-



ra bajo mis piés. Y despues comenzaba de nuevo á llorar y á adorar el pasado!

—Mucho ayudó tambien á sostenerla tranquila— continuó la superiora,—otra pariente que ella encontró aquí, una prima, la Marquesa Blanca de San German, que había quedado viuda á los veinte años, siendo dama de honor de S. M. la Reina Polissena, y que había tomado el velo para huir de los peligros del mundo. Era una criatura toda suavidad y amor de Dios. La Marquesa le tomó cariño como á una hija. El ejemplo de su santa resignacion, le daba paz al alma, y su dulce compañía la reanimaba y le daba aliento á su corazon.....

—Pero ninguno envenenó mi alma — volvió á decir la Marquesa;—la viuda de Víctor Amadeo no faltó á la dignidad de su nombre: con un esfuerzo supremo de orgullo, yo tenía escondidas mis debilidades y mis angustias. Ninguna de aquellas buenas hermanas, que me miraban en los primeros días con un sentimiento de piedad inquieta y de tímida espectacion, ninguna vió jamás en mi rostro una sombra de angustia ni de desfallecimiento. Yo hubiera muerto de despecho sin descubrirme! Pero Dios me había dado una fuerza inmensa para sufrir. Y despues..... los me-

ses sucedieron á los meses, los años á los años.... Mi corazon se aquietó, mi espíritu se apartó poco á poco del mundo. Me parecía que en torno mío se producía un gran silencio. Centenares y millares de aquellos días pasaron iguales, interrumpidos siempre á la misma hora por el ruido de las conversaciones, el murmullo de los rezos y por la campana del locutorio; se me confundían las horas en la memoria, en un solo día interminable, de una luz pálida, en el cual no estoy bien cierta de haber vivido ó soñado. Muchísimas hermanas pasaron, que vuelvo á ver confusamente; caras alegres, caras desoladas, caras de santas y de mártires, de viejas y de jóvenes, y me acuerdo de las largas agonías, de muertes repentinas y extrañas, me represento por la noche el paso de las monjas y siento los pasos del confesor. Lentamente, de año en año, mi corazon se acercaba á Dios. La vista de aquellas pobres criaturas que vivían y morían santamente, con una serenidad sobrehumana, y aquella oracion continúa, infatigable, eterna, que oía á mi alrededor, encaminaba y dirigía continuamente mi pensamiento al cielo, acabando por abrirme el alma á los consuelos de una fé que no había conocido jamás. Comencé á rezar con el corazon y á sentir caer sobre mis



manos juntas, lágrimas que me hacían bien. El mundo en que había vivido no me parecía ya sino una tierra muy lejana, de la cual me separaban sin descanso, sumergiéndome en un mar inmenso é inmóvil. Mi pasado y mi presente llegaron á ser como dos existencias distintas en mi imaginación. Me parecía haber pasado de un mundo á otro. No estaba, sin embargo bien cierta á veces de que aquel pasado espléndido fuera verdaderamente mio y no de otra mujer á quien hubiese tratado íntimamente. Miraba mi retrato con admiración, tocaba mi mesa de mármol negro como para interrogarle: no me parecía verdad. Viendo que la gente de fuera que se agolpaba á mirar mis ventanas, me parecía una cosa extraña ser yo el objeto de su curiosidad y ser yo la Marquesa de Spigno de quien hablaban. Un solo afecto me ligaba al mundo: mis hijos. Sosegada la tempestad que lo había azotado por algunos años, se me había despertado en el corazón más fuerte, más dulce que lo había sentido nunca. Ellos me habían querido siempre. Ellos debían haber sufrido y haber tenido enemigos por causa mia. Yo debía, también, expiar esta culpa, recompensarlos con gran amor de aquellos dolores. Y los amé entonces desde el fondo de mi sole-

dad; los volví á llamar á mi lado, los acariciaba con infinito amor en mi pensamiento, los llamaba en voz baja mil veces, para oír el sonido de sus nombres, y los escribía, y los besaba en mi celda, de noche, y oraba por ellos, bendiciéndolos, y llorando en silencio, con la esperanza de que algún día me perdonarían y comprenderían á su pobre madre y honrarían su infeliz memoria...

—Pasaba muchas horas en su habitacion—decía en aquel momento la superiora—y pasaba el tiempo hilando y cosiendo. El monasterio conservó muchos años pedazos de tela que ella había hilado y regalado á las superiores. Todo era sencillo y modesto en ella; el vestir, las maneras, el modo de andar. Parecía que ponía todo su estudio en ocultar su superioridad y alejar del pensamiento de las gentes su pasado rango. En ocasiones, ayudaba con sus propias manos á la encargada del guarda-ropa, á la sacristana, á la administradora, á la archivera; prestaba sus servicios en la escuela y en la enfermería; y tenía un rincón para ella en el jardín, donde cultivaba flores para el altar de la capilla mayor...

—Después, un gran acontecimiento conmovió mi vida—dijo la Marquesa animándose.—Llevaba quince años de estar en el convento. Tenía cerca



de setenta. Continuaba todavía la guerra con Francia. Mi pensamiento estaba en mi Pablo, mi primogénito, que mandaba el primer batallón de Guardias. Tenía diez y siete años entonces; era teniente coronel; había sido más apegado á mí que los otros, reflexivo, dulce como un niño, el alma más honrada que pudo soñar una madre esperando su primer hijo. No lo veía hacía muchos años. Pero sabía que me recordaba con cariño y que no hablaba de mí sin enternecerse.

Y hé aquí que la guerra avanza hácia el lado de los Alpes. La invasion francesa era inminente. Los soldados piamonteses acudieron de todas partes. Pinerolo estaba en conmocion. Pasan las milicias provinciales, pasan los batallones austriacos, pasa el primer batallón del regimiento de Guardias. ¡Los Guardias! ¡Los soldados que mandaba mi hijo! Lo supe. Lo vi pasar desde las ventanas, por el camino del valle de Perosa, con sus hermosas divisas rojas. Pablo, no pudo subir á verme. Pero yo lo reconocí; me pareció reconocerle de léjos, en medio de un grupo de caballería; él se había vuelto á mirar el monasterio donde su madre estaba encerrada hacía quince años. ¡Dios mío! Iba á batirse. Habían fortificado la Assietta. Yo sabía bien que los Guardias tenían derecho al puesto de

honor en el campo de batalla, que habían de afrontar los más grandes peligros, las fuerzas de Francia eran formidables y que mi hijo sería de los primeros entre los más temerarios. ¡Mi hijo! ¡Si me lo matarán! Mi pobre cabeza se perdía. Tenía un triste presentimiento. Pasé algunos dias con el corazón desgarrado. Las hermanas me animaban y rezaban por él y por mí. Las horas eran eternas.

Una mañana, de repente, oí un golpe sordo muy lejano; no comprendí al pronto; oí otro, y caí entre los brazos de mi hermana y de Blanca de San German. Eran los cañones franceses. Se libraba el combate en la Assietta. Nos pusimos á rezar. Yo no coordinaba mis ideas, yo no sentía nada. Me parecía que pasaba un tiempo indefinido. No llegaban noticias. Vino la noche. A las doce nos sobresaltó una gran algazara en la ciudad. ¡Era la noticia de la victoria! El Conde de Panissera había atravesado Pinerolo como un rayo para llevar la noticia y muchas banderas francesas á Carlos Manuel. Pero, ¿y mi hijo? ¿Qué había sido de él? ¿Estaría herido? ¿Habría acaso muerto? ¡No se sabía nada! Yo moría de afán, de impaciencia, de terror; quería huir, correr hácia los montes, preguntar por él. ¡Ah! ¡Al fin llega la gran noticia! ¡Vive!—



Exhalé un grito.... caí de rodillas.... dí gracias á Dios. ¡Oh! ¡Yo no conocía todavía toda la grandeza de su misericordia!

Por momentos llegaban noticias. El conde de San Sebastian ha rechazado todos los asaltos de la principal columna enemiga.—El Conde de San Sebastian ha ganado la jornada, rehusando tres veces obedecer al Conde de Bricherasio, general en jefe, que le ordenaba abandonara la posición y corriera á socorrer á Serin. Después, una voz general creciente, la noticia que llegaba de cien partes, repetida, repercutida por mil ecos, al Piamonte, á Italia, á Francia, á la Europa entera: — La gloria de la batalla es del Conde de San Sebastian; él, el general, el alma de la defensa, delante del cual murieron el general de Lisle y el mariscal Arnaut; él, que vió y comprendió todo, y venció con un acto temerario de desobediencia, en el que supo jugar la vida y el honor; él, el héroe de Assietta, el vencedor de la gran batalla, el salvador del Piamonte! La alegría me ahogó. Me oscureció la razón. ¡Oh! ¡Verlo! ¡Abrazarlo! ¡Poderlo bendecir! ¡Oírme llamar madre un momento, al ménos! ¡Verlo pasar! ¡Poder agitar el pañuelo desde la ventana, y recibir su sonrisa y su salud!

Y hé aquí que una mañana, me llama la supe-

riora; ¡lo adiviné! Volé al locutorio. ¡Era él, Dios mío! ¡Mi Pablo! ¡Mi hijo! ¡Mi sangre! ¡Mi gloria! Él, hermoso, arrogante, bueno, que estrecha mi pobre cabeza contra sus divisas, sin poder hablar, respirando compasión y alegría, me besó la frente y me llamó ¡Madre! como cuando era niño y me acariciaba el cabello.—¡Oh, gracias para siempre, Dios piadoso, por aquella alegría celestial, por aquellas santas palabras que me permitiste decir á mi hijo! Yo no era digna de tan gran premio. Me habeis dado más de lo que yo había soñado. Yo no había soñado más que un trono.

—Ella conservó toda su inteligencia hasta la más avanzada edad — continuó la superiora. — En las memorias del monasterio no consta que hubiera sufrido ninguna enfermedad grave, hasta cerca de los ochenta años. Parece que siendo ya más que octogenaria, se manejaba por sí en el refectorio, intervenía en las funciones religiosas, y aun en los recreos de las monjas, como había sido siempre su costumbre. Su ancianidad fuerte y afable era la admiración de todos. Parecía que no iba á morir nunca. Solamente las monjas más viejas se acordaban de cuando había venido. Las novicias hacían que se las contara su vida como una historia milagrosa. Todos la consideraban como una gloria,



como una señal viva de la predilección del Señor por el monasterio, y la veneraban como á una madre....

—Durante muchos años — volvió á empezar la Marquesa — viví de aquella alegría. Mi corazón triunfaba. Ninguna venganza más brillante que aquella podía haberseme ocurrido en los delirios de mi orgullo maltratado. Carlos Manuel me había arrojado á una cárcel infame y condenado perpétuamente al claustro, y mi hijo le salvaba sus estados con la victoria más brillante del siglo. Aquella gloria de mi sangre realzaba mi nombre frente al mundo, me vengaba de mil calumnias, excitaba la compasión de mi patria hacia mi suerte, abría, esclarecía el porvenir á mis hijos, mudaba el mundo á mis ojos. ¡Mi Pablito! ¡Hijo mío! Él fué desde entonces mi ídolo, el pensamiento y alivio mío de todos los momentos, el sueño luminoso de todas mis noches. Continuamente, sin descanso, con un sentimiento siempre nuevo, de curiosidad amorosa y de ternura; repasaba su vida desde la cuna, sus juegos de niño, allá en los jardines de Cumiana, su alegría por el primer caballo, y después ¡con qué nobleza de ánimo había sobrellevado nuestro cambio de fortuna! y la primera vez que se me presentó con las divisas de

alferez de Guardias, sonriéndome con aquella expresión cariñosa y un poco triste.

Todo el país estaba lleno de su nombre, y el eco, el esplendor de su gloria, llegaba por mil caminos á mi soledad.

Había comenzado para mí una nueva vida. El convento había llegado á serme querido, desde que recibí en él la noticia de su victoria y desde que lo había visto allí triunfante y feliz, con los brazos abiertos hacia su madre. Fué aquella alegría sin duda, la que me infundió en las venas como una segunda juventud y la que me hizo vivir todavía veintidos años. Pero me sobrevenía una gran tristeza á veces por no poder verlo, por vivir siempre tan lejos de él. ¡Con qué gusto hubiera dado casi todos los años que me quedaran de vida por estar á su lado un poco de tiempo, por vivir al menos en la ciudad donde él residiera! Me hubiera contentado con vivir en Turin en un cuarto pobre y oscuro, padeciendo frío, estando siempre enferma con tal de verlo pasar alguna vez á caballo á la cabeza de su regimiento, y oír el murmullo de admiración de la multitud y á las mujeres distinguidas y á los jóvenes decir en voz baja: Es el Conde de San Sebastian, el hijo de la Marquesa de Spigno. — Estos deseos me



desgarraban á veces el corazon y me producían melancolías, locuras de niña, tan vieja como era: la idea de ir á Turin, de irme á arrojar á sus rodillas como una desesperada sin que ninguna fuerza humana me pudiese separar ya de él..... y lloraba sola ocultando el rostro entre mis manos y deseaba morir. Pero despues las tristezas pasaban.

Una carta suya, un saludo de él que me llegase me infundian nuevo valor, dejándome serena y contenta. Entonces rezaba por él de noche, mirando desde la ventana los Alpes que él había defendido, y despues miraba hácia Saperga, donde estaba sepultado mi Amadeo; y pensaba que él lo había amado, que debía amarle desde el cielo, á su Pablo, él, valeroso, que había respetado siempre á todos los valientes; y que por el amor de mi hijo consagraría tambien un piadoso recuerdo aun á su pobre compañera de infortunios, á su fiel amiga de los últimos años, á quien tal vez le habría proporcionado alguna dulzura y algun alivio sobre la tierra..... Y así viví muchos años, lentos, tranquilos, uniformes, alentada con la esperanza de un fin igualmente tranquilo. ¡Pobre esperanza! Un nuevo dolor, el más tremendo de cuantos había sufrido en ochenta y siete años, estaba suspendido sobre mi cabeza.

—En Enero de 1766—continuó la superiora—hizo testamento. Cuidadosa con sus hijos, legó dos mil pesetas á su hermana Radegunda y á su sobrina Teresa Inocente, y dejó muchos recuerdos al monasterio. Añadió despues al testamento, pocos meses antes de morir un codicilo, el cual fué recibido de un notario de Pincero, Pedro Francisco Raimondi, muy nombrado en las crónicas del monasterio; en presencia de dos médicos y de dos religiosos, de los cuales tambien se han conservado los nombres: Fray María Lugo menor conventual, y Fray Justo de Susa, guardian capuchino...

—Poco á poco,—replicó la marquesa con voz trémula,—advertí que se estaba verificando un cambio en mi hijo. Sus cartas eran tristes. Dejó su regimiento de Guardias al que quería tanto, y fué de coronel á una reserva á peticion suya y sin saberse la causa. Alguna voz confusa llegó á mis oidos entretanto: enemistades de la corte que le hacía una guerra sorda por ser el hijo de la marquesa de Spigno.

Aquella noticia desgarró mi alma. Yo debía, pues, serle fatal; no había piedad; mi nombre era una maldicion; me execraban todavía y no pudiendo ya dirigir sus dardos contra una octogenaria enterrada viva, me herían, me mataban en mi hijo, en aquel hijo! ¡Esto me quedaba todavía que ver antes de cerrar los



ojos! El no me decía nada de esto. Luego lo negó. No era verdad. No debía creerlo. Me rogaba que no lo creyera y que viviese tranquila. Pero yo lo conocí. Era bueno como un ángel. Hubiera muerto de angustia antes que darme aquella puñalada en el corazón, antes que decir:—¡Sí, es verdad! ¡Soy odiado y perseguido, soy infeliz por causa tuya!

—¡Oh! yo lo comprendía todo bien desde el fondo de mi convento.

Conocía la corte. Era demasiado duro deber una gran victoria y la salvación del reino, al hijo de la reclusa de Ceva, aquella marquesa de Spigno que había sido arrastrada medio desnuda por los soldados en las habitaciones del castillo de Moncalieri, como la más criminal de las mujeres. La gloria de aquel coronel de Guardias era una reconvencción amarga, una venganza del rey muerto, y de la viuda moribunda, un castigo, una burla del destino, que despertaba remordimientos y vergüenzas. ¡Oh! yo lo comprendí, yo lo comprendí todo. No lo perseguían, no; lo torturaban lentamente, produciendo el silencio en torno de su gloria, aparentando no verla é ignorarla, dándosela á otros, quitándole el aire para respirar.

Al cabo de un poco de tiempo ya no se hablaba de él. Vefía extinguirse poco á poco la luz de su

nombre y volverse á hacer la oscuridad sobre su cabeza. ¡Pobre Pablo! Era un alma noble: la ingratitude lo mataba. Era altivo: no se rebelaba; pero se consumía interiormente. Para no afligirme, no pudiendo ya disimular, no me escribía.

Oía decir que vivía solo y melancólico. Después supe que su salud se quebrantaba. Caí en una profunda tristeza.

Pasó mucho tiempo. Tenía yo ochenta y siete años, me sostenía con trabajo. Un día que me habían dado mejores noticias de él, mientras estaba vertiendo lágrimas de consuelo y dando gracias á Dios, Sor Radegunda vino á llamarme. Vacilaba. Comprendí que estaba allí mi hijo. Me flaquearon las piernas; me sostuve. Corrí hasta el locutorio apoyándome en las paredes, conteniendo un grito de alegría...

Lo ví, y exhalé un grito de dolor. ¡Aquel no era ya mi hijo! Encanecido, consumido, debilitado, con aquella huella que dejan en el rostro los graves dolores disimulados; también su voz se había mudado y sus brazos no tenían apenas fuerza para estrecharme. Solo su corazón era siempre el mismo.

Yo dije en una explosión de llanto:

—¡Oh, hijo mío! ¡Pablo mío! ¡Todo era, pues, verdad! ¡Y por causa mía! ¡Es tu pobre madre la que te mata!



Pero él bueno y compasivo lo negó todavía: no estaba bien, pero se curaría; había dejado el ejército, y se establecía en Pinerolo, para verme diariamente.

Y despidiéndose, me oprimía la cabeza con sus manos y me besaba la frente. Yo casi volví á tener esperanzas; pero al decirme adios exhaló un profundo suspiro.

—¡Pablo!—grité entonces desesperadamente siguiéndole:—¿no te veré más? ¿Nunca más? ¡Oye! Detente! ¡Perdóname! ¡Perdóname! ¡Perdóname!...

Estaba ya lejos. No me acuerdo de más. Me llevaron á mi cuarto. Desde aquel día en adelante viví ya como desmemoriada. A la vejez había sucedido en pocas horas la decrepitud. La noticia de la muerte de mi hijo, ocurrida en Diciembre de aquel año, cayó en mi celda como en una tumba. No lloré ya, no me quejé tampoco. Mi corazón estaba destrozado, mi vida había concluido.

—Antes de morir—continuó la superiora,—sufrí una enfermedad larga y dolorosa. Las monjas fueron llamadas precipitadamente á su lecho, pues parecía que moría. Pero su fuerza de resistencia á la enfermedad era todavía grande.

Sufría con resignación, hablaba con valor de la muerte. Decía que quería ser enterrada en el conven-

to entre las hermanas, sin pompa, como una de ellas. En sus delirios llamaba por su nombre á sus hijos, particularmente al mayor, el conde Pablo de San Sebastian, y estrechaba la mano de las monjas que la asistían, diciéndoles palabras dulcísimas que arrancaban lágrimas del corazón....

—Mi vida había concluido—decía la marquesa con voz apagada. Los tres años que viví aun desde aquel día, no fueron más que una muerte lenta. No tengo más que una vaga reminiscencia de aquel tiempo; alrededor mio no se movían sino sombras, y las voces que me hablaban me parecían de gentes muy distantes.

Era una mañana de primavera.... Comprendí que debía ser la última. Desde hacía mucho tiempo sufría atrocemente, y deseaba morir. Hice llevar mi lecho hacia la ventana para ver una vez más aquellas hermosas montañas, donde había peleado mi pobre Pablo. Las monjas estaban á mi alrededor de rodillas. Perdoné á todas, y á todas pedí perdon. Oí que lloraban. Blanca de San German me besó. Entregué el alma á Dios. Así acabó la Marquesa de Spigno. Hé aquí mi vida. Un pecado de orgullo, unos cuantos días de embriaguez, y cuarenta años de expiación, comenzados y concluidos con dos tremendos dolores.... Escribid aho-



ra, señor, y sed justo y humano. Haced que el que pase por delante de estos muros no diga sonriendo:—"Aquí murió la favorita de Victor Amadeo, la reina traidora."—¡Oh, que no se sonrían por respeto á mi hijo! Haced que diga desde hoy en adelante:—"Aquí murió la madre del vencedor de Assietta."—No pido otra indulgencia al mundo, y no la pido por mí. Bendito sea quien la tenga. Se regocijará de ello el alma de mi Pablo. Adios.

—Murió la mañana del 11 de Abril—murmuró la superiora, concluyendo;—el año 1769, el día del aniversario de su nacimiento, en el cual cumplía noventa años. El cadáver se vistió con hábitos de monja, y fué expuesto, segun costumbre, sobre un catafalco, en medio de nuestra iglesia. Despues fué sepultada en los subterráneos del monasterio. No hay piedra que indique donde esté; su nombre no está escrito en ninguna parte. Tal fué la última voluntad de la difunta. Pero su memoria está siempre en nuestro pensamiento y en nuestro corazón. Descanse en paz su alma.

\*  
\* \*

Siguió un profundo silencio. La superiora no tenía ya nada que decir. La señorita volvió á tomar el retrato, y lo hizo pasar por el torno, donde una mano invisible lo recogió. Las dos monjas hicieron un saludo con la cabeza, y desaparecieron como dos fantasmas.

Y nosotros salimos en silencio.

En aquel breve tiempo la Marquesa de Spigno se había trasformado por completo en mi mente. Hasta entonces, la primera imágen que despertaba siempre en mí su nombre, era la de una señora viciosa y soberbia, que pasaba por la sala de un palacio, entre dos filas de damas, deslumbradora de alegría.

Desde entonces no veo más que una vieja de noventa años, que atraviesa vacilante los tristes corredores de un cláustro, herida de muerte por el dolor.

Y para que la misma trasformacion, que es efec-



to de un cambio de punto de vista histórico, se obre en algun otro, he escrito las presentes páginas.

Las dedico á la noble, á la gloriosa, á la venerable memoria del teniente coronel de Guardias, del Conde Pablo Federico de San Sebastian.



## LA ROCA DE CAVOUR

